EL JUEGO PERPETUO



ROLANDO VERA

Vision Libros

2ª EDICIÓN

ROLANDO VERA

EL JUEGO PERPETUO

Vision Libros

EL JUEGO PERPETUO
© Rolando Vera
© Editorial: Vision Libros
Calle San Benito 21 Local
Tel: 0034 91 3117696 url: www.visionlibros.com
Vision Libros es marca registrada de Vision Netware S.L.

ISBN 978-84-9886-517-2

Descargado de: www.visionlibros.com

Diseño base cubierta: Autor

Pintura portada: Pintura al oleo, Rolando Vera

Fotografía del autor: Luciano Basurco

Maquetación: Daniel Hernando Barrado
daniel@visionnet.es

Distribuye y produce:
Distribuidora de publicaciones C/ Magnolias 35 Bis,
Local 28029 Madrid.

Pedidos a pedidos@visionnet.es
www.distribuciondepublicaciones.com

Reservados todos los derechos. Esta publicación no puede ser reproducida, ni registrada, sin el permiso previo por escrito de los titulares del copyright.

A mis queridos padres
Francisco y Elsa.
A mi hija Elsa doctora en biología,
con su tesis doctoral sobre el cancer
y el envejecimiento
y a Daniel en memoria póstuma
hijo de mi gran amigo Jesús.

Nunca me olvides vida porque te he vivido, en la cúspide del amor sublime, por encima de mis debilidades y pecados, durante la noche y el día, en el dolor y en la alegría. Que para mi fueron en la tierra entre lo humano y lo divino, simbólicamente hablando, todas tus luces y tinieblas, o tus soles invernales, que significan en mi espíritu el juego perpetuo del amor en este mundo.

Detrás en su angelical espalda, desnuda de su manto, se desplegaron las alas bien aventuradas casi invisibles, que vibraban sobrenaturales y sus pies esbeltos eran inmaculados; su rostro tenia los rasgos inmortales; voló a los cielos con sus dos manos en plegaria, haladas y eternas, y con hilos de oro muy brillantes, como su larga rubia y ondulada cabellera dibujaba un arco iris muy intenso y a la vez iba plasmando a su lado con su pincel plateado sabio y divino de artista, temblorosamente en el aire.

(El juego perpetuo de la vida)

Rolando Vera

Prólogo

Se le perdió el destino de alegría inmortal, del hombre a Dios en las tinieblas, y en la oscuridad de su espíritu rebelde a su extravío está atado a las cadenas por los siglos de los siglos, de la enfermedad y de la muerte.

Se le perdió en el paraíso, cuando habían desobedecido su palabra, y en su aturdimiento tan profundo se les fue la vida a nuestros primeros padres, y sus hijos en sombras con el alma vamos, sin rumbo a la deriva, de todas nuestras aventuras y desventuras.

Pero si te encuentra en su infinita misericordia como gracia divina, te lleva, y tocas el cielo, vuelve a mí, amor mío, y llévame contigo.

Siquiera al menos en ellas te sueño, y tanto te amo y vivo en esos ensueños compartiendo mi luz con los que no la reciben, y con los que aún no les llega, y con los seres que también tienen luz en rostros sublimes.

En esos crepúsculos azules, de la más bella esperanza de despertar algún día a la aurora, en donde reina el amor verdadero y la libertad eterna, se les perdió nuestro destino, amor, y ahora le hacemos mucha falta.

Voy a contar en esta novela la historia de algunos de mis escogidos sueños en la tierra, mis amo-

res y desamores, mis alegrías y penas, mis pensamientos más exaltados, y aquellos humanos muy especiales que me han iluminado.

Se desborda en mi alma una fuerza irresistible del amor sublime, en la mitad de mi camino ahora he conocido las armonías y las desarmonías de los sentimientos humanos, los míos están impregnados de los más elevados ideales, de todos los males que padecí, he aprendido que se es feliz sólo amando, en una espontaneidad sincera y pura, antes lo que yo era, no soy ahora, y mañana seré un mejor hombre, con los ojos a la expectativa de todo lo bello, en cada instante prodigioso debajo del cielo.

Tengo la esperanza de que nos concederán a los humanos un acceso por segunda vez al paraíso o al jardín de los amores, aún tengo la esperanza en despertar de este sueño divino y humano aquí en la tierra, al jardín de los amores en el cielo eternamente entre los ángeles, las flores y nuestro Dios divino.

Mis futuros inciertos me van viniendo ciertos a los presentes de mi cuerpo y alma, porque están muy vivos y esos futuros que se van yendo, se van convirtiendo en mis ayeres muertos, que en mis recuerdos yo los revivo y así doblemente vivo, libre de los cautivos del tiempo.

Cuando el misterio me despertó de un sueño muy largo en la mañana más bella y lúcida de la eterna primavera todo era como un jardín de los amores, y en él pude sentir el amor más puro. En cada suspiro solo, en cada suspiro mío cada vez

más hay un misterio nuevo y también hay otra vida y otro anhelo muy bello del amor eterno, perfumado del aroma purificado de las flores, como una rosa que vive en el jardín de los amores, que muere y renace de diferentes colores parecido al arco iris debajo del cielo.

Mi infancia, y mi primera juventud con sus ilusiones fueron como una rosa invisible de los más bellos colores que tenía el aroma irresistible de todo el jardín de los amores.

Cultiva ese cuerpo espiritual para tu vida que te acompañara después eternamente en la muerte.

Hay que darle cuerpo y alma al tiempo y vestirlos de los trajes más floridos, después de haberlos renacido y serán como nuestra rosa inmortal en el amor sublime.

Inmortales rosas. Si serán las estrellas con sus luces fulgurantes, colgadas en el celeste techo del cielo, y yo como un rayo de mi luz de estrella prestada, proyectada en esa luz la savia de la tierra para germinarse de las otras rosas inmortales, de mis sentimientos más puros en mi mortal materia. Y volver en el despertar de un día cualquiera soleado de la más hermosa primavera a esa rosa inmortal que decora los aposentos del cielo, y ser una de ellas como cada estrella llena del amor sublime.

Cuando me muera… se oscurecerá la tierra hasta que vuelva a renacer o seguirá reluciendo el sol y a los niños aún se les verá reír. Si así ocurriera, qué maravilla.

La muerte te ha llegado en tu indiferencia de vivir o de morirte plácidamente como un sueño inesperado que te ha despertado dulcemente en el jardín de los amores y así te ha revelado su falso nombre. Y es vida en otro mundo, y todos tus demás sueños se te habrán olvidado para siempre. Si será la muerte mía un punto de apoyo divino "la almohada de mis más bellos sueños" en el diván eterno de los cielos.

En nuestras desbordadas fantasías cuando éramos niños, recuerdo que habitábamos los cielos, éramos como los reyes absolutos de todos nuestros mundos y después de adolescentes, cuando fuimos jóvenes y adultos en el fondo de nuestros corazones seguíamos siéndolo, no lo dudo, en nuestros sentimientos más profundos.

Ese nuestro huracán del amor, que con su fuerza irresistible impulsa los sentimientos más nobles y sublimes, y que a la vez con ese su viento tempestuoso de fuego arrasa, purifica, limpia las pasiones más bajas, de los seres humanos.

Y asi danza la vida, en los sueños, como saltan los niños en sus anhelos y perpetuos juegos.

EL JUEGO PERPETUO

Dicen que un día el más miserable de la tierra, murmurando de dolor, como si en un sueño fuera, se dijo a sí mismo hablando: "Me siento vacío en las tinieblas. Nadie ha sufrido más que yo." Y una voz, que era la de Dios, también como en un sueño, le contestó: "Yo he sufrido más que tú"

Y a esta voz le preguntó: "¿Quién eres tú? ¿y por qué me dices que has sufrido más que yo?" Dios le contestó: "Yo soy lo invisible, que se hizo visible (la oscuridad, la luz). Soy la nada que se hizo todo (la nada, que en mi esencia era puro dolor y después me hice todo amor). Soy la nada que se hizo todo (el universo encendido de ilusión; lo imposible que se hizo posible, un instante eterno de amor, hijo mio, que también está en tu corazón).

Y al instante, este pobre hombre se hizo todo amor.

Rolando Vera

1

Mis anhelos eternos vienen de los celestiales destinos, de los sentimientos más puros de alegría y de amor que tienen los ángeles allá en el cielo, y no vienen solos a mi ser humano aquí en la Tierra, sino que en todos mis suspiros vienen suaves con Dios a darme la vida, mis anhelos eternos son todo lo contrario de El Infierno, en donde están los hielos y el fuego de los sentimientos impíos, y son tan míos esos anhelos, son halos, son vuelos a las más altas alturas, y están llenos del verdadero sentido de haber nacido esta criatura, ¡oh, elevada cumbre para el ser humano puro!, inaccesible a todo lo impuro, manantial muy cristalino en El Edén de frutos divinos que calman la sed y el hambre a este hombre que soy yo en mi alma, y siento así que me ama la naturaleza divina como la amo a ella, mis anhelos eternos están equilibrados con todas mis esperanzas sublimes, tantas ellas como las estrellas, y mis infinitas fantasías allí en mí, de un gran amor eternamente encendidas; cuando en otra dimensión me haya tocado el rostro y todo mi cuerpo con las manos de mi alma y ya no sienta nada, en el vuelo libertado de ella hacia los senderos miste-

riosos de los cielos, con la misma forma de mi cuerpo que fue un día, pero alado, en ese estado de gracia me estaré yendo al lado de mi ángel custodio, que es tan bello, para convertirme en ello, y bajar a la Tierra con sus blancas alas para estar contigo, amor mío, cuando estés a solas.

2

Estaban preparadas las esencias de las almas en el absoluto misterio, y jugaban a la suerte un día, como juegan todavía por los siglos de los siglos los dioses y los ángeles distraídos en el cielo, ¿a quiénes traerían como premio de cuerpo y alma a la Tierra?, y un ángel muy bello, enamorado de mi ser esencial fue más genial e intuyó mi destino de encontrarte (tú eras otra elegida para ser mi gran amor), y apostó a cara por mí en la moneda del azar divino, y ganó, y yo nací, vine a este camino de la vida como una prueba irremediable extraordinaria para volver al más allá con todas las experiencias y las capacidades (al tocar el cielo) de ser como ellos: primero un ángel, y después como un dios, cuando toque el cielo, amor mío, aunque estés en el infierno, volveré a ti.

Es tan dulce y suave el roce de tu mirada cuando me hablas que me hace estremecer todo mi ser, y cómo me insinúas en cuerpo y alma un apasionado y gran amor, como si hubieras tocado el cielo en estos instantes para volver a mí, y yo, subyugado por ti, siento tú y yo haber roto las ataduras de la vida en una comunión prodigiosa

de haber llegado a conocer la verdad de la felicidad; es tan preciosa y enigmática tu presencia a mi lado de la energía que me emanas de lo diosa que eres y a la vez una humana mujer, que no puedo entender por qué me amas (es un decir, pero lo sé), siendo yo un simple hombre mortal, ¿o es que somos de la estirpe de los dioses predestinados a encontrarnos en nuestras aventuras terrenales como un modelo de inconmensurable amor?

3

Se va la vida como un mirar al cielo en un instante y volver la mirada atrás a la Tierra, hasta ese tiempo sublime contemplativo que parece eterno pasa aun después de habernos llenado de su inconmensurable hermosura. Se va la vida como las nubes, como los ríos a la mar en el misterio entre las sombras y las luces, entre el recuerdo y el olvido, y me alerta el aire que respiro, que dentro de mi cuerpo por mis venas se va destruyendo todo poco a poco en sangre y carne, destiñéndose la piel que se aja en mis poros húmedos para dejar un día unos blancos huesos en el polvo, se va la vida, y hay un momento en que de una manera irresistible sentimos no querer morirnos, me voy yendo de mis pensamientos y sentimientos que eran frescos y muy puros que como una mañana radiante de primavera se van irremediables hacia el atardecer, entrando por la noche en el misterio, y aún viniendo un nuevo día parecido de alegría me comparo hoy a la Luna en las inconmensurables tinieblas tenuemente encendidas, me voy yendo de mí mismo, de estos mis ojos que miraban todo de lejos y de cerca con amor; de mi cuerpo que pisaba firme en la Tierra,

lo frío y ardiente con valor, y ahora en sus venas trémulas mis células se van muriendo más, estoy tan distante del ensueño de mis más bellas ilusiones, de la vitalidad total que tuve en un ayer, ¿cómo ya volver a esos otros tiempos por allá en los días que me vieron crecer?, que parecían eternos de mi dulce infancia y de mi primera juventud, y este límite angustiado es admirable el alma, mi alma, ¡cómo se salva!, al sentirla ajena a todo lo mundano, murmurándome al oído dulcemente que ha tocado el cielo entre mis sueños.

Se fueron yendo las noches eternas de mi vida, y entraron en la otra dimensión de lo efímero, las noches eternas de mis sentimientos más puros, y lo efímero de mi cuerpo aquí en la Tierra.

Se han quedado deshojados tus ojos muertos, que estaban tan abiertos, pero se abrió tu alma al mundo, en donde la iluminan todas las estrellas, y también tú las iluminas, y tu cuerpo aquí en la Tierra que ha de mezclarse con el polvo, y ella, al seguir siendo tú tan bella, te amará en su seno y te aguardará en lo eterno del sueño vano y efímero de la vida, y cuando yo me muera un día, mi cuerpo entero será tuyo y el tuyo – mío, a nuestras almas volveremos en el cielo, ahora te busco en todos los caminos, las esquinas, y ya no puedo verte, y, mirando arriba al no tenerte, yo te imploro (si es que has tocado el cielo, vuelve a mí, amor mío).

4

Todos nuestros amores eran platónicos cuando éramos niños, teníamos a la vez algo de loco y mucho de sabio. La luna era cómplice de nuestros sentimientos más bellos. Estábamos en comunión con nuestras almas. El sol nos adoraba y nos doraba la piel para hacernos aún más bellos. Yo era de esos pocos exaltados de las fantasías, todos los días en mi mente creaba mundos de ficción cuando aún no sabía que existían los poetas y los artistas verdaderos. Parecía el espectáculo del mundo ante mis ojos como la representación en múltiples formas del idilio como eterno entre yo Romeo y Julieta mi primer amor. Endiosaba tanto mi primer amor que yo también me sentía como un dios, en todo lo que miraba se reflejaba su imagen como una sombra de aire alada de dulce voz angelical. Nosotros los niños teníamos el poder de santificar los nombres de todas las cosas que conocíamos y vivíamos en nombre de nuestro loco y platónico amor. Mi primer amor me trae el recuerdo perfumado de una niñez bella, sana, inocente y pura que tuvo al lado a su musa platónica de eterna fantasía. Nuestros amores trascendían a enamorarnos de

todos esos juegos infantiles tan originales que nos hacían soñar y al despertarnos toda nuestra atención estaba puesta en ellos con sentimiento que puede ser sólo comparable con los de nuestros amores platónicos. Jugábamos como héroes para conquistar más fácilmente a nuestra heroína; locos, muy cerca de lo divino. La locura divina de los genios nos poseía en esos otros tiempos, éramos todos los niños poetas y artistas en los sentimientos más inocentes y puros y de poco a poco la vida con su seriedad terrible se fue llevando toda mi fantasía más bella de amor que me había creado. Ese reino de los cielos que se hará realidad algún día cuando se haya ido mi alma en prodigioso vuelo de la Tierra.

5

Eran otros tiempos cuando nuestros cuerpos eran otros también de cuerpo y alma, esas auroras lejanas al despertarnos por las mañanas, primaveras dulces que fueron, enamoradas de nuestra niñez, cuando rezábamos los primeros Padres Nuestros, antes de hacer la Primera Comunión, creíamos en Papá Noel, que no era él el que nos hacía los regalos, sino los padres nuestros de la Tierra, y los tíos y padrinos quienes nos daban las propinas, ¡Qué ilusión! Más tarde, después los amigos de verdad nos darían también y aún nos dan otros regalos, ¡cómo sentíamos en esos otros tiempos entre la adolescencia, la infancia, amores platónicos por otro ser humano ser que amábamos de todo corazón! Más tarde, después cuando llegó mi juventud y un poco más, a mis amores locos y perdidos los buscaba por el mundo, me daba cuenta a la vez que no eran ni mucho menos puros, sino más bien imposibles de tener una razón de ser. Teníamos la piel brillante, lozana como lo vemos en el día, en la noche a la luna, al sol, eran otros tiempos adorables a nuestras pasiones juveniles que parecían eternas, como también nos sentíamos

vivir, y en mi plena madurez el atardecer de la verdad grotesca y gris llegó de estas ilusiones, irremediable, vemos atrás todo lo vivido, lleno de recuerdos inalcanzables, imposibles de volverlos a vivir, ¡oh, alma mía!, que le das la vida y las formas a toda mi materia, te vas alejando de ella, y estás más allá que aquí en la Tierra, y ellas, estas formas, que estaban tan llenas de tu lozanía, se van desdibujando y muriendo en mis humanas células, y en este cuerpo queda poco ya, es tenue su luz de la fulgurante nitidez, que la regalabas otros días, ¡oh, alma mía!, estás más allá que aquí, encendida eternamente en las esferas celestiales de un gran amor.

La verdadera juventud y belleza altivas, están en la inteligencia a cada instante florecidas y alcanzan su plenitud divina aquí en la Tierra. Si han de convertirse es ella en un grande y corazón puro, juventud, divino tesoro, no de los amantes necios jóvenes, sino de las más bellas y plateadas sienes.

Estamos llenos en nosotros mismos de los estados naturales del recuerdo y del olvido en cada presente que vivimos, que es a la vez pasado y el futuro, y también llenos de futuros que se han ido hacia el olvido, y los que no han sido también están en el olvido, en nuestro sueño eterno, aun siendo la vida un sueño, es un recuerdo eterno, un despertar interminable de cada sueño y un recuerdo en la Aurora cada vez más iluminada de un nuevo amanecer divino, revelado en la naturaleza humana; ¡oh, libertad, posibilidad de nuestros sueños y deseos más hermosos, cuando tenemos la fuerza, el valor y la fe para quererlos y soñarlos!

Cuando yo era niño, los amaneceres tenían una fragancia divina, en los primeros despertares de mi vida era un extranjero alucinado en esta Tierra que vino desde muy lejos, no sé de dónde, del misterio, de otros mundos ya olvidados, y en mi inocencia entre la niñez y la adolescencia un día muy cerca de un cementerio me senté en la muerte, y enseguida me caí de ella en una aventura loca con mi amigo sin que me hiciera daño, unos días después esa misma muerte era mi amigo, que se confirmó en un accidente de motocicleta (¡que en paz descanse!), José María Alemany, un emigrante español, que vivía allá en Lima con sus padres y hermanos muchos años. Por entonces el sol danzaba su baile mágico entre su propia luz y las tinieblas (la noche y el día), mientras la Luna desde el cielo en ellas me iluminaba con esa otra luz maravillosa de mis primeros amores platónicos, que eran, ni más ni menos, mis locos juegos infantiles, y unos irresistibles sentimientos juveniles hacia alguna muchachita de mi barrio, y todo era vida en mi adolescencia, la muerte había muerto en mí en un milagro muy puro de amor cuando yo crecía en la existencia al lado de otros chicos en ese barrio, con mis hermanos y mis padres. El estar debajo del cielo, del sol y de la luna es estar en un sueño que te hará despertar, y estar bien puesto en la vida es estar debajo de la tierra, en el polvo, porque polvo eres y en polvo te convertirás, y así serás todo el amor del mundo en tu bello despertar.

Ahí está el secreto del rompecabezas que es la vida o sueño, sus piezas alteradas de las pasiones humanas hay que ponerlas en orden, y con liber-

tad, sabiduría y amor equilibrarlas en virtudes, modelando nuestras almas a la perfección, y hacer así de ellas una hermosa pintura, inspirada de la mano de Dios; cada uno sueña su sueño para despertar de él, recordarlo y soñar otro sueño, como yo he soñado, sueño y soñaré eternamente otros sueños más allá de mi muerte, que también será un sueño.

6

Mi juventud fue como una paloma muy hermosa, muy dulce y sutil, que se posó en mi hombro, y cuando volví un día los ojos hacia atrás, se había marchado para siempre en un vuelo tan fugaz, y sólo vi su huella en mis recuerdos de un color multicolor, como un arco iris, que envolvió mis penas de exaltadas alegrías, todas las fantasías y mis sueños desde que yo nací, sólo vi su huella entre mi pecho y espalda a la misma altura de mi romántico corazón. Al girar mi sublime y frágil rostro en el espejo de la ilusión del vivir, me había dado cuenta que estaba ajada y muy cansada mi morena piel, y ya no tengo aquellas alas, como las de la paloma, como las de un ángel que se fue, con las que volé apasionadamente en la Tierra, en todos los horizontes del amor.

Vuelve, pensamiento mío, a lo simple, a lo sencillo, a lo cotidiano, y así serás normalmente un ser humano, vuelve a pisar la Tierra de las alturas de tu vuelo, y deja de ser ese ángel que andaba por el cielo, vuelve, pensamiento mío, a jugar, como de niño, cuando de todo hacías un juego, sin que nadie te haga daño, y hazle creer al